



## VIENTOS DEL CARIBE

Silvia L. Cuesy\*

Haciendo a un lado a los cronistas de Indias, es hasta el siglo XIX cuando comienza una verdadera historiografía de la zona del Caribe. En la pluma de los historiadores ingleses, nacidos en el siglo XVIII, se notará una actitud defensiva salpicada de tintes apologéticos de aquel mundo sustentado en la economía esclavista que se comenzaba a esfumar. A través de sus líneas se avistará la atmósfera de crisis que vivieron las posesiones británicas caribeñas en los años de cambio, a raíz del Acta de Emancipación de 1834. Igualmente se percibirá la frustración inglesa por no poder cumplir con la misión divina de enseñar a vivir próspera y civilizadamente a otros pueblos, y con ello no poder preservar el honor y la gloria de la monarquía. Los textos iniciales del siglo XIX dan cuenta de los primeros pasos de la sociedad caribeña anglosajona hacia una evolución diferente y una nueva manera de interpretarla desde un punto de vista propio, y no la de un mero incidente dentro de la historia de la expansión europea.

La firma del Acta de Emancipación no podía hacer desaparecer de un día para otro las prácticas, los usos y costumbres y los vicios del periodo esclavista. Conforme las décadas fueron avanzando, nuevos historiadores blancos y mulatos, y posteriormente negros, irían cuestionando la sociedad colonial y los juicios se volverían más humanitarios hacia los esclavos.

Aún bajo la sombra de la sociedad esclavista, las historias locales resaltarán los elementos que habrían de cohesionar a cada una de las islas anglosajonas en el periodo de libertad: la decadencia del blanco como dominador del negro, la adaptación del negro a la libertad y el desarrollo de sociedades conformadas por diferentes raíces étnicas. Los estudiosos hablarán del clima, la tierra, la flora, la fauna; pero también de la gente, de las poblaciones, así como de sus costumbres e instituciones. Atrás quedarán la arrebatada de Inglaterra, Francia y España por el predominio azucarero y esclavista de las islas durante el siglo XVIII; más lejanas aún se hallarán las incursiones piratas del XVII y el contrabando de índigo, palo de tinte y cochinilla extraídos de Belice y Yucatán.

Después de 1834 continuó una inercia que no se detendría hasta la cuarta década del siguiente siglo. Los tres estratos que subsistían en la rígida sociedad establecida por los ingleses habían sido parte esencial de aquella colectividad organizada para la producción de azúcar. Los blancos en la punta, los mulatos, y uno que otro negro libre, en la capa media y los esclavos negros en la gran base, iniciaron un reajuste social con el cual ni siquiera ellos mismo se sentirían cómodos en un principio; lentamente los recién liberados se irían acostumbrando a su nuevo estatus legal.

La esclavitud había logrado degradar al blanco lo mismo que al esclavo negro, y la población del estrato medio no se identificaba con uno u otro. A raíz de la emancipación, los blancos vieron cómo iban perdiendo el poder político y económico, y cómo sus propiedades terminaban endeudadas o hipotecadas; asimismo, su piel blanca dejaba de ser un símbolo de libertad y estatus. Los plantadores de las Antillas británicas se sintieron resentidos, acosados y traicionados por la Corona cuando retiró el arancel protector para el azúcar. No aceptaban las implicaciones de la liberación que, en un abrir y cerrar de ojos, los llevara a la bancarrota; creían firmemente que se había exagerado en juzgar al sistema esclavista. A mediados de siglo, cuando la producción decayó en una tercera parte, las dificultades de los plantadores para conservar la fuerza de trabajo aumentaron pues tenían que solventar pagos en efectivo en medio de la escasez de circulante. Su economía, hasta entonces estática, se encontró inmersa en una revolución en la que la máquina de vapor estaba desplazando la fuerza física y la libertad se convertía en la consigna. Desde la metrópoli los propietarios absentistas continuaron confiando el negocio azucarero a los abogados y administradores quienes debían obtener mano de obra cada vez más barata en el momento en que la población laboral, recién liberada, trataba de vender su trabajo al precio más alto o simplemente se resistía a trabajar creyendo que se les había liberado del trabajo y no como seres humanos: "No, massa, me no workee to-day", "No, tankee, massa, me tired now; me no want no more money."

Los miembros del estrato medio, hasta poco tiempo antes habían tratado de imitar a los blancos y sentían desprecio por los negros. Dejaron sus pequeñas plantaciones y se movilaron a los pueblos al inicio del siglo XIX; comenzaron a ser aprendices de abogados, iniciaron negocios, se preocuparon por su educación, se convirtieron en periodistas y editores, y se vieron a sí mismos como la raza en ascensión. Odiado por los blancos, este grupo finalmente se unió a la causa de los esclavos quienes, al fin y al cabo, igual que ellos, tenían sus raíces en tierras antillanas y no en Inglaterra. De este grupo emergió la clase media de las posesiones inglesas en el Caribe del periodo emancipador y fue punta de lanza en el ataque a los impedimentos civiles y a la esclavitud. Hacia a finales del siglo XIX pudieron ser aceptados por los blancos, aunque solamente en actos públicos y de negocios, jamás en reuniones sociales o de carácter íntimo.



El cambio que se produjo a raíz de la emancipación afectó en mayor medida a esa gran base que ahora podía moverse a su antojo y vender su trabajo a quien quisiera. Los trabajadores por fin podrían abandonar el estatus de cosa; dejar de ser una pieza más de equipo, una propiedad más, tal como el ganado y las mulas. Aun así, muchos sintieron miedo de abandonar las plantaciones pues nada les garantizaba que trabajando por su cuenta pudieran llegar a tener la misma seguridad que en la hacienda donde, al finalizar el siglo XVIII y principiar el XIX, además de los malos tratos, recibían también servicio médico, techo y sustento diario, y se les permitía tener tierras de labor. Los que sí vencieron ese temor abandonaron las plantaciones, fundaron pequeñas villas bajo el liderazgo de misioneros baptistas y metodistas e iniciaron cultivos para autoconsumo y para el comercio en pequeño.

Después de la emancipación se fueron dejando atrás las experiencias sufridas por el esclavo negro; no sólo la captura, la venta y la confinación en un barco en condiciones infrahumanas, para soportar una larga travesía, sino la de haber sido arrancado de sus familias, de la estructura tribal, de la protección de espíritus ancestrales y de estar a la entera disposición de hombres tan diferentes en color y en costumbres. Ahora que su raza había sido liberada existía la necesidad de crear una nueva sociedad. Comenzaría a generarse un cambio que tenía que ver con la manera de verse a sí mismos como parte de la colectividad en la cual ahora participaba. Si durante la esclavitud se había aceptado la idea de que la piel blanca era símbolo del bien y la piel negra de la maldad, ahora ya no era tan fácil estar de acuerdo con ese juicio. En las últimas décadas del siglo XIX nacieron los líderes de sangre negra que, en los albores de la siguiente centuria, promovieron el amor por su raza, recobrando la autoestima y el orgullo de su herencia africana. Poco a poco, a finales del siglo XIX, los negros iniciaron el descubrimiento de su identidad como individuos.

Durante los siglos XVI y XVII la presencia de la mujer blanca en las Antillas fue escasa, por lo que el concubinato y la promiscuidad eran comunes. Con la unión del hombre blanco con negra quedaba destruido el rol del padre africano, cuidadosamente regulado para que el primogénito se convirtiera en el dueño de la propiedad y fuera el jefe de la tribu. La sociedad esclavista miró con irrelevancia el matrimonio y la paternidad quedó limitada a la procreación; la legitimidad de un hijo ya no tuvo importancia. Las palabras adulterio, bastardo e ilegítimo dejaron de tener significado. En las Antillas británicas se abandonaron la práctica del matrimonio y la monogamia; los hijos ilegítimos proliferaron y sus padres blancos, cuando contaban con los medios suficientes, compraron su libertad; al mismo tiempo criaban varias familias, incluida la de Inglaterra. Para las mujeres negras era un privilegio tener la oportunidad de volver más clara la piel de sus descendientes, quienes al tener mayor parecido a los blancos podrían vislumbrar la posibilidad de obtener privilegios. Tal situación trató de revertirse a lo largo del siglo XIX por lo que a las mulatas les



costaba más trabajo ser reconocidas en la sociedad decimonónica; las mujeres inglesas recién llegadas al Caribe, después de la emancipación, veían en aquellas el estigma del concubinato practicado años atrás.

En Trinidad este aspecto de la vida social tuvo algunas diferencias ya que la población hindú que llegó hacia 1850 provenía de una sociedad donde el matrimonio era permanente y no existían el divorcio ni las segundas nupcias. Ayudados por un lenguaje y una religión comunes pudieron reconstruir una forma de vida basada en las costumbres y en los valores de la India.

Después de que el gobierno de la Corona abandonó el viejo sistema representativo inglés, al comprobar la ineficacia del régimen heredado de la época de los Tudor, decidió controlar por completo el gobierno de Trinidad. En el periodo de emancipación, a 10 años de haber entrado de lleno al mundo azucarero, la estructura de la población trinitaria era muy diferente a la de otras colonias británicas. El equilibrio de hombres libres y de esclavos era de 1 a 1, a diferencia de la de 1 a 10 de las otras islas. La escasez de mano de obra indujo a los plantadores a importar mano de obra proveniente de la India. Frente a condiciones parecidas al esclavismo o al trabajo forzado los *culíes* recién llegados de Madras y Calcuta, pronto vieron que su única salvación radicaba en la posesión de la tierra. Guardaron sus ahorros y compraron pequeñas propiedades, y poco a poco emergió una clase de granjeros. En Jamaica sucedió lo mismo. Sin embargo, en las islas donde no había tierra disponible, como en Barbados, el trabajador continuó a merced del patrón para no morir de hambre.

La prosperidad de las Antillas había dependido de las haciendas cañeras y con el abandono de la mano de obra la situación se agravaba. Para aliviar esta situación, se impusieron fuertes gravámenes al producto de los campesinos para hacer más rentable la labor en las haciendas; en Trinidad se restringió la venta de pequeñas propiedades para evitar la posesión de los recién liberados. Además de estas limitaciones, el panorama en las islas era casi ruinoso: no existían los servicios civiles, el sistema carretero era deficiente, casi no había liquidez, la administración de justicia local estaba fragmentada, los viajeros que llegaban a las islas estaban obligados a llevar su propio suministro de alimentos si no querían morir de hambre; también corrían el riesgo de naufragar, dadas las desastrosas condiciones de los buques o de ser puestos en cuarentena debido a la insalubridad de la región. En la década de los sesenta tres años de sequía agudizaron la miseria. Las cosechas de alimentos se perdieron y el descontento aumentó hasta culminar en los levantamientos de la Bahía de Morant en Jamaica. Las esperanzas de 1834 se habían vuelto desesperación en 1865.

La Guerra Civil norteamericana sacó de la depresión económica a las islas anglosajonas del Caribe que canalizaron hacia Estados Unidos sus exportacio-



nes de cacao, plátano, algodón y azúcar. La Guerra de Secesión les traería la oportunidad de abrigar nuevas esperanzas y la pobreza fue aliviada paulatinamente.

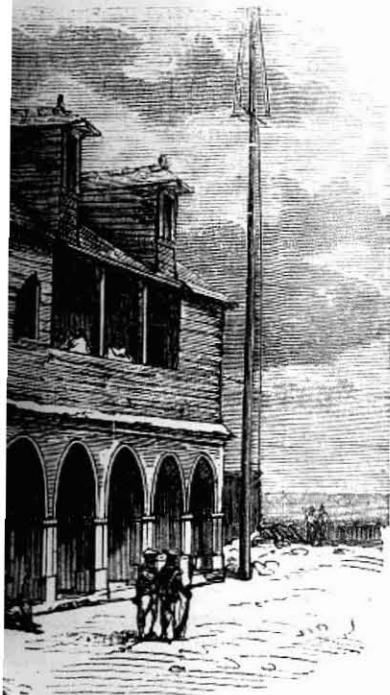
El movimiento de Jamaica sirvió para que el Parlamento británico se diera cuenta que el gobierno de la mayoría, los descendientes de esclavos, no podía dejarse en manos de la minoría, comerciantes y plantadores, que seguía pugnando por conservar la estructura económica y social anterior. Se proclamó un poder ejecutivo y legislativo único en 1866. El paternalismo ocupó el lugar de la oligarquía, pero el autoritarismo acostumbrado permaneció.

El cambio constitucional permitió que en los años siguientes se establecieran, poco a poco, beneficios civiles, asistencia médica y derecho a la educación, así como que se introdujeran mejoras al sistema judicial. La sociedad se fue conformando con la clase media intelectual y los trabajadores. Con la emancipación la mortandad de épocas esclavistas se revirtió en las islas, lo cual propició el crecimiento sostenido de la población.

En el siglo XIX todo el Caribe continuaba siendo un mosaico de razas y culturas. Holandeses blancos y negros en Aruba; negros franceses en la Martinica; harapientos descendientes de los escoceses o *redlegs*, deportados a Barbados por Cromwell, vivían entre criollos negros y blancos; en Trinidad una gran población hindú, llegada a mediados de la centuria, compartía la ciudadanía con africanos, franceses, españoles, ingleses, sirios, libaneses y portugueses; al igual que con judíos arribados hacia finales del siglo XVII, después de que Inglaterra se agregara la isla. En Puerto Rico, individuos morenos de origen mixto, ciudadanos de Estados Unidos, preservaban su herencia cultural española. A la mezcla de razas y colores se unían también las diferencias de religión. Las islas de Barlovento eran casi en su totalidad católicas, y la gente hablaba lo mismo *patois* francés que jerga inglesa. Por su parte, Barbados y las islas de Sotavento, que tenían una conexión más o menos intacta con Inglaterra, desde sus primeros asentamientos, para entonces eran principalmente protestantes y hablaban inglés en su mayoría.

Los negros llevaron a las Antillas diversos elementos de la cultura de una gran cantidad de grupos africanos; cuya suma dio el verdadero sello a cada una de las islas. Con el correr del tiempo los esclavos negros fueron tomando elementos de la religión cristiana y los mezclaron con creencias religiosas propias de África. Vodún en Haití, Obi en Jamaica y Shango en Trinidad son una prueba de esta fusión. El hondo sentido de los poderes sobrenaturales estuvo muy unido a los rituales de los esclavos así como a sus levantamientos. Tanto en 1831, como en 1865 los líderes jamaíquinos fueron diáconos de la iglesia bautista.

La mayoría de los primeros pobladores tenía escasa educación e introdujeron a las islas palabras y usos viciados que sobrevivieron entre los criollos. El mar fue desde el principio un factor importante en la vida de las islas, de modo que las

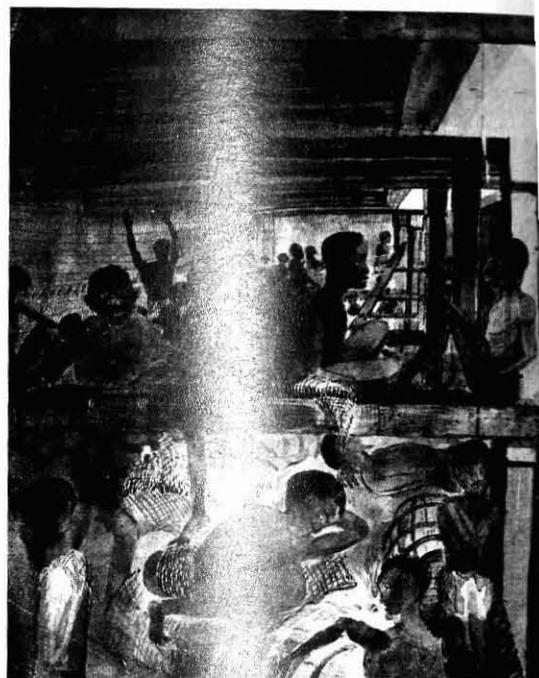


palabras náuticas se convirtieron en una parte sustancial de su discurso. Un ejemplo son los nombres de Sotavento y de Barlovento para nombrar dos grupos de islas de las Pequeñas Antillas. Los puntos cardinales de la brújula eran utilizados para orientarse aun de manera doméstica como la localización de la recámara noreste de una casa, o para hallar algún texto en la esquina suroeste del librero.

A primera vista parecía que el elemento africano no tenía una fuerte presencia en el habla de los antillanos. A diferencia de los hindús, los esclavos no compartían la misma lengua debido a que provenían de diferentes naciones y tribus incluidas en la franja que va desde Senegal hasta Angola. Al tratar de encontrar una lengua común que les permitiera relacionarse, los esclavos de diferentes grupos étnicos, costumbres y dialectos, aprendieron el idioma anglosajón. En Jamaica, cuya proporción de negros era mayor, la influencia africana fue más fuerte que en el inglés criollo de Barbados. Hubo cambios en la pronunciación, en la gramática, así como en el vocabulario del inglés. Nombres de plantas, de alimentos, palabras habituales fueron agregadas al habla cotidiana. *Afu* para los tubérculos; *gungu* para una clase de chícharos; *akra* para frituras de bacalao; *bankra* para canasta; *jumby* para espíritu. El carácter del idioma se tornó más criollo que europeo. Esto es, la geografía y el medio ambiente comenzaron a estar presentes en el vocabulario; una región impenetrable fue llamada *Land of Look Behind*; otras llevaban los curiosos nombres de *Wait a Bit*, *Come and See*, *Time and Patience*, *Fruitful Vale*, *Starve Gut Bay*.

En las plantaciones la vida al aire libre propiciaba la gesticulación que, al incorporarse al idioma, lo intensificó y le dio vida. Algunos nombres derivaron del efecto de algunos sonidos. A un hombre indigno se le llamaba *nyamps*; el sonido *ny* significando la curvatura de los labios en señal de desprecio; una persona torpe, *bufu bufu*; un estúpido, *mumu*; un codicioso, *big eye*; un necio, *hard ears*; un astuto, *trickify*; un debilucho, *pyaw pyaw*; alguien afectado, *picky picky*; un adulador, *sweet mout*.

La cultura africana aportó el gusto por los proverbios y los dichos, unido a la afición por las adivinanzas que coincidía con la herencia hindú, en el caso de Trinidad. Así como los primeros son un tanto estáticos, la música es vigorosa y con características que difícilmente se podrían transcribir al papel. Comenzó a ser interpretada con instrumentos inventados a principios del siglo XIX por esclavos que formaban sus propias bandas utilizando latas, toneles, bidones, ollas y herramienta de trabajo: el *tock-tock*, el *belly*, el *base-kettle*, el *bum* son algunos de ellos. En Trinidad se originó el *calipso*, pero pronto fue adoptado por Jamaica y por otras islas. Según parece se mezclaron cantos tribales africanos con música antigua de Francia y España cantados en inglés, que era la lengua dominante en Trinidad a finales del siglo XIX. Los



calificativos utilizados entraban, desde entonces, en la zona de lo fantástico; también abundaban los nombres llenos de colorido y los mote de figuras grandiosas como los empleados en épocas recientes: Lord High Executioner, Might Sparrow, Mighty Dictator, Mighty Panther, Lord Superior. Desde sus inicios las bandas estuvieron al frente de un capitán y de un vicecomandante que utilizaban las letras de las canciones como sátiras políticas o para difundir embustes y chismes.

El paso estaba dado para hacer las cosas de una manera diferente después de la liberación. No obstante la nueva sociedad siguió modelando mucho de las costumbres heredadas de Inglaterra. En el siglo XIX los empleados o funcionarios mulatos y blancos continuaron la tradición de la moda inglesa, vistiéndose con los paños de lana provenientes de Yorkshire o Wiltshire en Inglaterra, a las que se habían acostumbrado tras las imposiciones del sistema económico británico de siglos anteriores. En los días de la semana las mujeres negras vestían largos refajos de calicoes coloridos y un pañuelo de la misma tela amarrado a la cabeza, mientras que los domingos engalanaban sus esbeltas figuras con ajustados corpiños, amponas faldas de muselina blanca, chales de brillantes tonalidades, guantes de tonos pastel, parasoles y sombreros de paja de grandes alas con velo y cuentas brillantes. A pesar del clima tropical los soldados del Regimiento Real se vestían como zuavos obedeciendo a una repentina ocurrencia de la Reina Victoria al recordar un viaje a Francia.

Arquitectónicamente se podían admirar las construcciones de lo que fue la aristocracia permanente en cada isla. Basseterre y St. Kitts no podían competir en paisaje y vegetación con la belleza de Jamaica y Trinidad, pero sí sus casas de estilo georgiano que miraban desde lo alto a una plaza llamada Pall Mall. La iglesia en Parham, en Antigua, recordaba las construcciones anglicanas estilo paladiano de la metrópoli.

Caminar por Bridgetown, capital de Barbados, en el siglo XIX remitía al paseante a un suburbio clasemediero de Londres: tiendas donde se podía conseguir desde una vela hasta un ataúd al igual que anillos de compromiso o tocados de viuda; bazares, farmacias, *ice-houses* por todas partes para mitigar la sed con alguna bebida fuerte, escaparates con maniqués mostrando la última moda londinense. Estrechas calles de nombres ingleses como Broad Street desembocaban en desorden a una diminuta Trafalgar Square con todo y Nelson. Se decía que Barbados era tan británica que si algo malo amenazara a la Reina Victoria, podría refugiarse en Bridgetown y estar a salvo.

Algunas de las antiguas residencias campestres de las islas, a las que se llegaba después de recorrer hermosas calzadas flanqueadas por frondosos tamarindos, rememoraban también las construcciones anglosajonas estilo regencia. El gusto por lo inglés estaba tan arraigado en sus posesiones caribeñas que incluso después de que algún ciclón derribara ciertas edificaciones, se volvían a poner en pie guar-



dando el antiguo estilo metropolitano: el georgiano o regencia en las construcciones particulares y civiles, y el gótico-tropical en las religiosas.

En St. George, en Granada, paraíso de las piñas, mangos y naranjas, se destacaban las casas georgianas de ladrillo rojo, techadas con tejas holandesas, y cuyos portones estaban flanqueados por columnas que sostenían hermosos balcones de hierro forjado en el segundo piso. Las moradas tipo fortaleza traían a la memoria el miedo y la inseguridad en la que había vivido la minoría blanca siglos atrás.

En Jamaica, Kingston carecía de atractivos a los ojos de los paseantes extranjeros. A pesar de su prosperidad comercial no existía el deseo de mejorar su fisonomía. Debido a sus calles sin pavimentar, a lo derruido de edificaciones de mal gusto, cubiertas por una pátina amarillenta de tierra, la población tenía un aspecto de bancarrota. Los ingleses y los criollos odiaban habitarla y permanecían en sus *pens*, a las afueras de la ciudad. Debido al calor la gente evitaba transitar por sus calles durante el día y a no ser por la gran cantidad de puercos, hubiera parecido deshabitada. Solamente la plaza en el pueblo español y algunas de sus casas más importantes, guardaban cierto grado de la distinción que esa sociedad antillana británica, materialista y sórdida, trató de preservar cuando la economía azucarera comenzó a decaer. En fin, los contrastes arquitectónicos perpetuaban en el siglo XIX la presencia de Europa y del auge azucarero, especialmente de la centuria del XVIII.

Después de 1834, la historia del Caribe anglosajón siguió estando compuesta por hombres blancos, negros y mulatos cuyo perfil estaría delineado, desde mediados del siglo XVII, por la herencia y la combinación de tradiciones europeas y africanas. Esa gente definiría su personalidad a través del cambio de una relación entre amos y esclavos hacia la apertura de una ruta a la igualdad. A raíz de esa fecha se inició la historia de un camino que habría de recorrerse con una lentitud agonizante para establecer comunidades donde pudieran aflorar los sentimientos humanos, el afecto y el respeto. Ya la historia de las Antillas británicas no volvería a ser relatada en unas cuantas líneas a pie de página en el recuento de la lucha por el dominio colonial, en algún volumen sobre la piratería, en un libro acerca del comercio de esclavos o en cualquiera relativo al azúcar. ↵

#### BIBLIOGRAFÍA

- Goveia, Elsa V., *A Study on the Historiography of the West Indies*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 1956.
- Trollope, Anthony, *West Indies*, Harper & Brothers Publishers, New York, 1860.
- Sherlock, Philip, *West Indies*, Thames and Hudson, London, 1966.

